

III

En Paimpol, en una hermosa tarde de un domingo de junio de aquel mismo año, dos mujeres estaban sumamente ocupadas en escribir una carta.

La escena tenía lugar delante de una ancha ventana abierta, adornada con una fila de tiestos de flores.

Inclinadas sobre la mesa, ambas mujeres parecían jóvenes; la una llevaba una cofia extremadamente grande, a la moda antigua; la otra tenía puesta una cofia pequeñita, de la nueva forma adoptada por las paimpolesas. Hubiérase dicho que eran dos enamoradas, redactando juntas un tierno mensaje para algún gallardo marino islandés.

La que dictaba—la de la cofia grande—levantó la cabeza como para buscar ideas. Entonces pudo verse que era vieja, bastante vieja, no obstante su aire juvenil, así, vista de espaldas, cubierta con su chal pardúzco. Debía tener unos setenta años; pero sus ojos, de una expresión dulce y bondadosa, y sus mejillas sonrosadas, prestaban a su rostro venerable cierto aspecto de frescura y se adivinaba que había sido bonita en sus buenos tiempos.

Verdaderamente, en todo el país de Paimpol no

se encontraba otra mujer de su edad capaz de decir cosas tan graciosas a propósito de unos y de otros, y hasta a propósito de nada. En la carta que en aquel momento dictaba iban ya tres o cuatro historietas burlescas, si bien desprovistas de malicia, porque era un alma sin hiel la de la buena viejecita.

La otra, viendo que el curso de la carta quedaba interrumpido, entretuvo el tiempo escribiendo cuidadosamente el sobre, que decía de este modo:

Al Sr. Silvestre Moan, a bordo de la "María", patrón Germeur, en el mar de Islandia.—Por Reikavick.

Terminado que hubo, levantó la cabeza para preguntar:

—¿Hemos concluído ya, señora Moan?

La que hacía de secretaria de la señora Moan, sí que era joven: un adorable rostro de veinte años. Muy rubia, color de cabellos bien raro en un rincón de Bretaña, donde la raza es morena; con hermosos ojos grises, adornados de largas pestañas casi negras. El perfil, algo corto, era muy noble, y la nariz prolongaba la línea de la frente con una rectitud absoluta, como en las estatuas griegas. Un hoyito muy marcado, debajo del labio inferior, acentuaba deliciosamente el relieve de éste, y de cuando en cuando, si acaso la preocupaba mucho un pensamiento, se mordía aquel labio con sus blanquísimos dientes, cuya presión hacía correr, bajo la piel fina, pequeñas ráfagas más rojas. Había en toda su esbelta persona algo de orgulloso,

algo también de un poco grave, heredado de sus antepasados, atrevidos marinos de Islandia. La expresión de los ojos era a la vez obstinada y dulce.

Llevaba una cofia en forma de concha, que se ceñía a su frente, casi como una venda, y se levantaba mucho por los lados, dejando ver espesas trenzas de cabellos enrolladas encima de las orejas en forma de caracol, peinado cuyo uso data de tiempos muy remotos y que presta todavía un aspecto arcaico a las mujeres paimpolesas.

A primera vista comprendíase que la joven había sido educada de muy distinto modo que la anciana, a la que solía llamar "abuela", por más que no fuese sino una parienta lejana que había experimentado muchas vicisitudes en su vida.

Su padre, el Sr. Mével, era un antiguo *islandés* enriquecido por audaces empresas marítimas.

La habitación que ocupaban las dos interlocutoras era la propia habitación de la señorita Mével. Véase allí una cama moderna, con sus colgaduras de muselina ribeteadas de encajes, y sobre las gruesas paredes, un papel de color claro atenuaba las irregularidades del granito. El techo, sostenido por enormes vigas, revelaba la antigüedad de la morada, que era una verdadera casa de gentes acomodadas de la clase media, y las ventanas daban a la vieja plaza gris de Paimpol, donde se celebran los mercados y las fiestas populares.

—¿Hemos terminado, abuela Ivona? ¿No tenéis nada más que decirle?

—No, hija mía; agrega solamente que le dé expresiones de mi parte al chico de Gaos.

Al oír este apellido, que era el de Juan, a quien ya conocen nuestros lectores, la bella joven, orgullosa, se puso muy colorada.

Concluída la carta, se levantó para asomarse a la ventana, como si algo muy interesante ocurriera en la plaza.

De pie, era tal vez demasiado alta; pero su talle estaba modelado, como el de una dama elegante, en un corpiño que no hacía el menor pliegue. Todo su ser respiraba distinción y finura. Sus manos, sin tener esa excesiva pequeñez que ha llegado a ser convencionalmente una belleza, eran blancas y finas, como manos nunca empleadas en trabajos groseros.

En honor a la verdad, había empezado por ser una chicuela bastante descuidada, como lo son generalmente las que no tienen madre que vele por ellas, y sus primeros años transcurrieron en el abandono en que su padre la dejaba durante sus largas expediciones marítimas. En aquella época se criaba despeinada, voluntariosa, obstinada—linda siempre—creciendo vigorosa al áspero soplo del viento de la Mancha, sin recibir otros cuidados que los pocos que podía darle la tía Moan, quien ocupada constantemente en Paimpol, le confiaba la custodia del pequeño Silvestre, año y medio más joven que ella.

Nuestra joven tenía presente aquel rudo comienzo de su vida, como persona a quien no habían

podido perturbar ni las riquezas ni la posición; en su espíritu había siempre como un sueño lejano de libertad salvaje; como una reminiscencia de una época vaga y misteriosa en que la arenosa playa tenía más espacio, en que las rocas que la dominan eran más gigantescas.

Contaba cinco o seis años cuando su padre, que empezaba a enriquecerse comprando y vendiendo cargamentos de buques, la llevó consigo a Saint-Brieuc, y más tarde a París. Entonces dejó de ser la pequeña Gaud para convertirse en una *señorita Margarita*, persona seria y de mirada grave. Siempre algo entregada a sí misma, si bien con otro género de abandono que el de la playa bretona, había conservado su naturaleza obstinada de niña. Lo que sabía de cosas de la vida, le había sido revelado por acaso, sin discernimiento alguno; pero una dignidad ingénita, excesiva, le había servido de salvaguardia. De vez en cuando se daba aires atrevidos, diciendo a las gentes en su cara cosas sorprendentes por lo demasiado francas, sin que sus ojos se bajasen siempre ante las miradas de los jóvenes. Solamente que aquellos ojos tenían una mirada tan honrada, tan indiferente, que no había medio de equivocarse: todos comprendían al momento que hablaban con una muchacha juiciosa, tan sana de corazón como de rostro.

Con el hábito de las grandes ciudades, su modo de vestir había sufrido más modificaciones que ella misma. Por más que permaneció fiel al uso de la cofia, que las bretonas abandonan difícilmente, bien

pronto aprendió el arte de ataviarse de otra suerte, y su talle de pescadorcita, antes enteramente libre, al formarse, al adquirir la plenitud de sus bellos contornos, germinados al viento del mar, se había afinado y modelado dentro de largos corsés de señorita.

Todos los años iba a pasar el verano con su padre en Bretaña, donde volvía a encontrar por algunas semanas sus recuerdos de otros tiempos y su nombre de *Gaud*, que en lengua del país quiere decir Margarita. Tal vez experimentaba algo de curiosidad por ver a aquellos islandeses, de quienes se hablaba tanto, que nunca estaban allí, y de los cuales, unos cuantos dejaban cada año de volver a sus hogares.

Y un día, cuando menos lo esperaba, se encontró reinstalada de una vez y para siempre en su país de pescadores, a consecuencia de un capricho de su padre, que deseaba terminar allí su existencia, y habitar lo que le restara de vida, como un ciudadano acomodado, en la gran plaza de Paimpol.

* * *

La anciana, con su equipo pobre y aseadito, se marchó dando las gracias, tan luego como la carta quedó del todo concluída y encerrada en su sobre. Vivía bastante lejos de la población, a la entrada del país de Ploubazlanec, en una aldea de la costa, habitando todavía la misma cabaña donde ella había nacido y donde nacieron sus hijos y sus nietos.

Muchas gentes la saludaban a su paso por las calles: era una de las personas de más edad de la comarca, y procedía de una familia honradísima y generalmente estimada.

A fuerza de milagros de orden y de esmero, llegaba al resultado de aparecer casi bien vestida con pobres trajes mil veces compuestos y remendados, que se desmoronaban de vejez. No andaba como la inmensa mayoría de las viejas, sino muy derecha; y verdaderamente, a pesar de la curva de su barba, la dulzura de los ojos y lo fino del perfil hacían de ella una anciana muy presentable.

Aquel día la buena señora Moan se sentía más fatigada, más abrumada que de ordinario por su vida de trabajo incesante. Además, pensaba mucho en el más pequeño de sus nietos, que al regreso de la pesca de Islandia debía partir para el servicio de la Marina. ¡Cinco años! ¿Lo enviarían quizá a China a tomar parte en la guerra? ¿Estaría ella viva todavía cuando el muchacho volviera? A este pensamiento no podía menos de angustiársele el corazón... No; decididamente la pobre vieja no se sentía con su alegría habitual; por momentos su rostro tenía esas horribles contracciones provocadas por la explosión del llanto.

¡Luego era posible, luego era verdad que pronto habrían de arrebatársele a su último nieto! ¡Ah! Morir tal vez sola, sin volverle a ver... Es cierto que ella había dado pasos y hablado a personas de alto valimiento para ver si el chico podía quedarse, como sostén único de una pobre abuela, casi

indigente, que pronto no podría trabajar; pero las diligencias no habían dado resultado a causa del mal precedente del otro, Juan Moan el desertor, un hermano mayor de Silvestre, al que nadie mentaba ya en la familia, pero que sin duda existía escondido en algún rincón de América, arrebatando así a su hermano menor el beneficio de la exención militar. Y luego, le habían sacado a relucir su pequeña pensión de viuda de marino: en fin, no la habían encontrado bastante pobre.

De regreso en su vetusta morada, recitó largas plegarias por todos sus difuntos; luego rezó también, con una confianza ardiente, por su amado nieto Silvestre, y trató de dormir.

La otra, la hermosa joven, se había quedado sentada junto a su ventana, contemplando los reflejos amarillentos que el sol poniente trazaba en el granito de las paredes, y en el cielo las golondrinas que volaban en giros concéntricos. Paimpol, en aquellas largas tardes de mayo, tenía un aspecto de ciudad desierta; apenas si se veían algunas muchachas que se paseaban de dos en dos o de tres en tres, sin tener siquiera quien les hiciese la corte, soñando con los galanes que estaban en el mar de Islandia.

"...Que le den expresiones, de mi parte, al chico de Gaos..."

Mucho la había turbado esta frase de la carta dictada por la anciana; aquel nombre de "Gaos" no la dejaba en paz.

A menudo pasaba las tardes en la ventana, como

una señorita, a causa de que su padre era poco partidario de verla pasear con jóvenes de su edad, pero de distinta condición. Y luego, al Sr. Mével le gustaba mucho, cuando al salir del café daba sus paseítos por la plaza fumando su pipa en unión de otros antiguos marinos, ver a su hija en aquella ventana de casa rica, embellecida con tiestos de flores.

¡El chico de Gaos!... A pesar suyo, Margarita Mével volvía a cada momento la cabeza hacia el lado del mar, que no veía, pero que sentía cerca de ella, al extremo de las callejuelas por donde subían los barqueros. Y su pensamiento se marchaba a los infinitos de esa *cosa* que siempre atrae, fascina y devora: se iba a lo lejos, a las aguas polares, donde navegaba la *María*, patrón Germeur.

¡Qué extraño era el tal chico de Gaos, como le llamaba la abuela! ¡Un enamorado que ahora huía y se ocultaba, después de haberse adelantado de una manera a la vez tan osada y tan dulce!

.....

Su ensueño versaba en aquel momento sobre los recuerdos de su vuelta a Bretaña, que databa del año anterior.

Cierta mañana de diciembre, después de una noche de viaje, el tren procedente de París les había dejado, a su padre y a ella, en Guinyamp, cuando rayaba el alba. Entonces se sintió presa de una impresión desconocida: aquella población,

pequeña y antigua, que nunca había atravesado sino en verano, le hacía un efecto completamente distinto al de antes. ¡Un silencio tan profundo a las pocas horas de haber salido del ruido de París! ¡Aquel método tranquilo de vida de gentes del otro mundo, que andaban por entre la bruma, ocupándose en sus pequeños asuntos! ¡Aquellas casas viejas, de granito sombrío, ennegrecidas por la humedad y por un resto de noche!

Todas estas cosas esencialmente bretonas, que la encantaban al presente porque amaba a Juan, la habían parecido, la mañana aquella, de una desoladora tristeza. Las mujeres madrugadoras abrían ya las puertas de sus casas, y al pasar echaba una mirada a las vetustas cocinas de enorme chimenea, donde se veían sentadas en tranquilas actitudes a las abuelas que acababan de dejar el lecho y tenían ya su gran cofia encasquetada. Así que fué un poco más de día, entraron en la iglesia para rezar sus oraciones. ¡Cuán inmensa, pero cuán tenebrosa, le había parecido la magnífica nave del templo, y qué diferente de las iglesias de París!

Y no era, seguramente, que la joven sintiese en demasía haber dejado el bello París, aun cuando hubiese en él tantas cosas hermosas y divertidas. Por de pronto, se encontraba en París muy poco a sus anchas, efecto de la sangre de marinos que corría por sus venas: además, se consideraba allí como una extranjera; como si dijéramos, fuera de su sitio. Las parisienses eran para ella unas

mujeres cuyo fino talle tenía una curva artificial; que tenían un modo de andar especial y de contonearse, embutidas en estuches emballenados, y era ella demasiado inteligente para haber tratado jamás de remedar servilmente aquellas cosas. Con sus cofias bretonas, encargadas cada año a la modista de Paimpol, se encontraba como encogida en las calles de París, sin darse cuenta de que si las gentes se volvían para mirarla, era sencillamente porque estaba encantadora.

Entre tantas parisienses, habíalas de una distinción que la atraía, pero inaccesibles para ella. En cuanto a las otras, las de condición más inferior, con quienes le hubiera sido fácil trabar relaciones, se mantenía apartada de ellas desdeñosamente, no considerándolas dignas de su amistad. Por lo tanto, había vivido sin amigas, casi sin otra sociedad que la de su padre, cuyos negocios le tenían casi siempre ausente, y estaba bien acostumbrada a la soledad y al aislamiento.

Pero de todas suertes, se había sentido impresionada de una manera penosa por la tristeza de aquel regreso a Bretaña en pleno invierno. Y la idea de que todavía tendría que pasar cuatro o cinco horas más en carruaje, para hundirse más aún en aquel país lúgubre, antes de llegar a Paimpol, le causaba una opresión inquieta.

Toda la tarde de aquel día gris y sombrío viajaron, en efecto, su padre y ella en una pequeña diligencia, por cuyas numerosas rendijas penetraba el viento, pasando por tristes aldeas, bajo

fantasmas de árboles que trasudaban la bruma en finísimas gotas.

Bien pronto hubo necesidad de encender los faroles, y a su luz no tardaron en verse dos fajas de un verde intenso, que parecían correr delante de los caballos a ambos lados del camino.

—¿Cómo, de pronto, aquella verdura de tan bello matiz en el mes de diciembre?

Asombrada, Margarita sacó la cabeza por una de las ventanillas, para ver mejor; no tardó en reconocer los juncos, los eternos juncos marinos de los senderos, que en el país paimpolés no se agostan nunca. Al mismo tiempo, se levantó una brisa más templada, que al momento comprendió era la brisa del mar.

Hacia el fin del camino se le ocurrió esta reflexión:

—¡Calle!, puesto que nos hallamos en pleno invierno, ahora sí que voy a ver a esos famosos pescadores de Islandia, de quienes tanto he oído hablar.

Los vió, en efecto..., y su corazón quedó prendado por uno de ellos.

IV

La primera vez que vió a Juan fué el día siguiente al de su llegada, en la función de iglesia de los islandeses, que se celebraba el 8 de diciembre, día de Nuestra Señora de la Buena Nueva, patrona de los pescadores. Fué un poco después de la procesión, cuando todavía las ventanas de las casas estaban adornadas de colgaduras blancas, ilustradas con ramos de hiédra y flores invernales.

En aquella función la alegría era pesada y un tanto salvaje, bajo un cielo triste. Alegría ruidosa, pero no del todo sincera, formada de vigor físico y de alcohol, sobre la cual pesaba, más que sobre otras, la universal amenaza de la muerte.

Por lo demás, gran ruido en Paimpol; tañido de campanas y cantos de sacerdotes en la iglesia; canciones rudas y monótonas en las tabernas; viejas cantinelas venidas del mar o de no se sabe donde, en la profunda noche de los tiempos. Grupos de marineros dándose el brazo, haciendo zigzags de una a otra acera, tanto por la costumbre del balance, como por un principio de embriaguez, y echando a las mujeres ojeadas tanto más vivas,

cuanto más largas habían sido las abstinencias forzadas de la vida del *largo*. Antiguas casas de granito encerrando aquel hormiguo de gentes; techos antiquísimos denunciando su lucha de muchos siglos contra los vientos del Oeste, contra las lluvias, contra todo lo que el mar lanza sobre la tierra, pero que también contaban en su mudo lenguaje las historias de amor o de audacia a que habían servido de abrigo.

Y sobre todo aquello flotaba un sentimiento religioso, una impresión del pasado, con un respeto del culto antiguo, de los símbolos que preservan del mal; de la Virgen purísima e inmaculada. Al lado de las tiendas de bebidas, la iglesia con su pórtico, sembrado de verdes hojas, con sus puertas abiertas, por las que salía olor de incienso; con sus cirios brillando en el fondo de la nave, y sus *ex voto* de marineros, colgados de la sagrada bóveda. Al lado de las jóvenes enamoradas, las prometidas de los pobres pescadores desaparecidos; las viudas de los naufragos, saliendo de las capillas con sus largos mantos de luto y sus cofias lisas, los ojos bajos, silenciosas, discurriendo por en medio de aquel rumor de vida como una sombría advertencia. Y allí, bien cerca, la mar anchísima, la gran nutridora y la gran devoradora de aquellas generaciones vigorosas, también agitándose, también haciendo su ruido, tomando también su parte en la fiesta...

Margarita recibía la impresión confusa de todas estas cosas juntas. Excitada y risueña, con el co-

razón oprimido en el fondo, sentía que una especie de angustia se apoderaba de ella, a la idea de que tal país había de ser el suyo para siempre. Paseábase por la playa—en la que había cucañas y volatineros—en compañía de unas amigas que la decían los nombres de todos los jóvenes de Paimpol o de Ploubazlenec que se encontraban a su paso. Entre un grupo de “islandeses” que estaban muy entretenidos oyendo las canciones de unos músicos ambulantes, distinguió a uno que la llamó la atención por su estatura de gigante y sus hombros excesivamente anchos, y no pudo reprimirse de exclamar con cierto tonillo burlón:

—¡Ese sí que es grandote!

Se sobrentendía que había querido decir:

—¡Qué estorbo un marido tan grande para la que se case con ese hombre!

Como si la hubiese estado escuchando, el aludido se volvió de pronto hacia ella, y la envolvió de pies a cabeza en una rápida ojeada, que parecía significar:

—¿Quién será ésta que lleva tan elegantemente la cofia de Paimpol, que es tan guapa, y a la que nunca he visto?

Sus ojos se desviaron en seguida, por política, y de nuevo pareció muy ocupado de los cantantes.

Margarita, que había preguntado sin avergonzarse el nombre de otra porción de jóvenes, no se atrevió a preguntar el de éste. Aquel hermoso perfil apenas entrevisto, aquel mirar orgulloso y un poco salvaje, emanando de unas pupilas par-

das, que se movían en unas órbitas de azul ópalo, la habían impresionado intimidándola.

El joven de quien se trata era precisamente "el chico de Gaos", a quien la señora Moan le había pintado como un gran amigo de Silvestre. Aquella misma tarde encontraron a éste del brazo de su gigantesco amigo, y recibieron el saludo de ambos.

El pequeño Silvestre de antes, en el acto tornó a ser para la joven, como en tiempos atrás, una especie de hermano. A fuer de primos lejanos que eran, continuaron tuteándose. Cierta que ella, al principio, vaciló en autorizar esa intimidad a un muchachón de diez y siete años que ostentaba poblada barba negra; pero como Silvestre seguía conservando en sus ojos la misma suave expresión de la niñez, ella acabó por hacerse la ilusión de que nunca se habían perdido de vista. Cuando subía a Paimpol, Margarita—o *Gaud*, como él la llamaba—le convidaba a comer, y por cierto que lo hacía con envidiable apetito. El pobre Silvestre no comía en su propia casa todo lo que podía admitir su robusto estómago.

.....

A decir verdad, Juan no se mostró muy galante con ella en aquel primer encuentro. Habíase limitado a quitarse el sombrero con un ademán tímido, aunque lleno de nobleza, y después de haberla envuelto en una de las rápidas ojeadas que le eran peculiares, había mirado hacia otro lado pareciendo muy contrariado por semejante encuentro, y sentir deseos de continuar su camino.

¡Qué cambio tan profundo se había operado en Margarita desde aquella época, y qué diferencia entre el ruido de la fiesta de entonces y la tranquilidad de ahora! ¡Qué silencioso, qué vacío estaba Paimpol en aquel largo crepúsculo de mayo que la retenía en su ventana, sola, pensativa y enamorada!